

especie de nido con hojas y flores, en cuyo centro se ponía una sábana doblada.

Allí encerraba Bárbara á sus dos pájaros, como ella les llamaba, con esa poesía inherente á las madres, y allí gorjeaban ellos como si fueran efectivamente dos avecillas.

Mateo, sin embargo, tenía arranques que costaban caros á la pobrecita Plácida; casi nunca escapaba ésta sin un buen manotón ó sin algunos pellizcos, que hacían á Bárbara montar en cólera y algunas veces zurrar de lo lindo al atrevido Mateo.

¿Pero sabéis lo que éste hacía?

Reirse y cantar, como diciendo á su madre:

—Tanto se me da de los golpes de usted como de los nidos de antaño.

Bárbara, que volvía corriendo á su lavado, nada de esto veía, y el indómito muchacho, en cuanto le valía la ocasión, encajaba á su hermana otro pellizco ú otra bofetada.

Entonces Bárbara se quitaba su zapato, y zurraba más fuerte á su hijo; pero él volvía á cantar y á reír.

Un día después de la segunda palinodia, se quiso escapar á la aldea; Bárbara se quitó sus ligas y le ató á un árbol.

Durante mucho rato gritó, pateó y rabió; luego se calló; cuando su madre le dió la comida no quiso tocarla, y cuando al anochecer fué á

desatarlo para llevarle á casa, le encontró morado de ira y sin poder casi respirar.

A todo esto no contaba Mateo más que cinco años, y su madre, que no tenía pelo de tonta, cavilaba muchas veces en lo que aquella criatura podría llegar á ser con el tiempo.

No le faltaba razón, en verdad, para cavilar; Mateo era cada día más irreducible y peor; se burlaba, no sólo de su bendito padre, sino también de su terrible madre, de su madre, cuyas iras tenían todos en el lugar, conociendo hasta dónde llegaban cuando eran motivadas.

De esta suerte pasaron otros cuatro años; contaba nueve Mateo y cuatro su hermanita, y ya la frente de su pobre madre empezaba á arrugarse, menos por los años, pues aun era bien joven, que por su excesivo y penoso trabajo y por los disgustos que le ocasionaba su hijo.

III

Era un domingo de primavera y poco más ó menos las cuatro de la tarde.

En la pequeña cocina de la casita ocupada por Calabaza y su esposa Bárbara se hallaban esta última, su niña y una vecina de edad avanzada y aspecto alegre y honrado.

Llamaban á aquella buena mujer la señora Petra, y por apodo *la Sacristana*, á causa de ha-

ber sidó su marido sacristán durante muchos años.

Bárbara estaba desconocida, y su fealdad se había aumentado de un modo extraordinario; entre sus cabellos ásperos y cerdosos se veían muchas canas que hacían parecer su cara doblemente negra que lo que era en realidad.

Su grosura había desaparecido, y ya se sabe el desagradable aspecto que presentan las personas que pasan de la obesidad á la extrema carencia de carnes.

La pobre mujer se hallaba ya encorvada por el exceso del trabajo y también por el exceso aun más doloroso y quebrantador de sus pesares.

Su traje era siempre mísero y remendado, pero limpio y compuesto con esmero; sentada en una sillita baja de madera, y con la mano apoyada en la mejilla, parecía absorta en amargas reflexiones.

La sacristana la miraba con pena; era, como ya queda dicho, una mujer cuya edad podía llegar á los sesenta años, rolliza sin ser gruesa, sonrosada y bien vestida; conociase que toda su vida había disfrutado esa dulce medianía, ese modesto bienestar de las aldeas, que si no deja desear lo superfluo, no permite tampoco carecer de lo necesario.

Entre aquellas dos ancianas, la una por el do-

lor y la otra por la edad, bailaba Plácida, gorjeando el dulce cántico de la infancia.

Poco más de cuatro años contaba la niña, y aunque no tan hermosa como su hermano, prometía ya mucha gracia, como promete colorido y aroma el botón que se abre junto á una pobre rosa, destrozada por el viento.

Por uno de esos caprichos frecuentes en la naturaleza, Mateo se parecía á su madre en su carácter arrebatado y fiero y en su temperamento fuerte y enérgico; sólo que el hijo había sido dotado de una hermosura que jamás había poseído aquella pobre y desventurada madre.

Plácida se parecía á Calabaza, no sólo en la dulzura de su índole, sino hasta en su parte física.

—¿Cómo se explicará esto, sabiendo que el pobre Calabaza era feo en extremo, y habiendo dicho que la niña era bonita?

Del mismo modo que la semejanza que existía entre Bárbara y Mateo.

—Vamos, mujer—dijo la sacristana á la mujer de Calabaza—animate ó darás con tu cuerpo en tierra.

—Poco me falta ya, señora Petra—repuso Bárbara, cuya áspera condición había domado el dolor de un modo increíble.

—Ya, ya lo veo; pero hija, ¿es eso justo? Vamos, come algo; el chico parecerá, se habrá ido

abí cerca, al prado grande, á jugar al marro ó á los bolos.

—¡Ay de mí! — suspiró la pobre madre, que ni aun tenía para desahogarse la facilidad de llanto.

La niña se acercó al oír el gemido de su madre; era una bonita criatura con largos cabellos rubios, ojos azules y boquita de rosa.

A pesar de lo avanzado de la estación, la pobrecita estaba vestida sólo con un viejo traje de bayeta encarnada, cuyos bordes ponían roja, con su burdo contacto, la parte superior de sus blancos piecitos, calzados con unos zapatos del todo rotos.

Plácida se acercó á su madre, suspendiendo su baile y su canción, y apoyó en el pecho de aquella su peregrina cabecita.

—¡Ay, hija de mi alma! — murmuró Bárbara besándola con infinita y melancólica ternura. — ¡Ay, hija mía, y qué prestó vas á quedarte sin madre!

—Vamos, mujer; ¡por Dios te pido que no digas esas cosas! — exclamó apurada la sacristana. — ¿Es ese tu valor, y puede pensarse siquiera que una mujer de tu fibra se deje acobardar por un hijo de nueve años?

—¡Ay, Dios mío! ¡Señora Petra, hay muchachos de veinte que no son tan tercios y desalmados!

—Ya lo sé, hija, ya lo sé; pero tal vez cambiará.

—¡No lo crea usted!

—¿Quién sabe? Dios todo lo puede y tú eres buena cristiana.

—Señora Petra — dijo Bárbara, tomando á Plácida sobre sus rodillas — usted no sabe lo que pasamos con esa criatura su bendito padre y yo.

—Algo sé, hija, y lo que tiene la culpa de todo es que, como dices, su padre es un bendito; no basta la mano de una mujer, por fuerte que sea, para sujetar á un hijo indómito.

—De fijo que tiene usted razón, señora; pero, ¿qué hemos de hacerle? El pobre Mariano ha nacido así y no puede variar de repente.

—¿Ha sido verdad la fechoría que se cuenta de tu hijo en casa de la mayorazga?

—Sí, señora; se entró por el tejado de la despensa y robó un pernil de tocino; y cuando le dijimos que por qué lo había hecho, ¿sabe usted lo que nos respondió?

—Cualquier disparate.

—¡Tomal! ¿Pues qué se piensan ustedes que he de ser yo tan tonto que he de comer sopas y patatas pudiendo comer magras? ¡Eso sí que no! Tanto valgo yo como los hijos del mayorazgo.

—Pocos días hace que pegó fuego á la puerta del huerto del cirujano.

—Sí, señora; con la intención de que ardiese

toda y de dejar al pobre hombre en la calle.

—Pero, ¿qué idea le dió?

—Que pidió peras á los criados y no quisieron darle; además de todas esas maldades, se avergüenza de nosotros y no quiere salir ni con su padre ni conmigo.

Al acabar de pronunciar Bárbara estas palabras se oyó un rumor sordo, y un instante después se precipitó Mateo en la cocina.

—¡Tunante! ¿De dónde vienes así?—exclamó su madre poniendo la niña en el suelo y precipitándose hacia él, con la mano levantada.

Pero Mateo puso el codo delante, según hacen los malos muchachos, como medio de defensa, y se retiró algunos pasos.

Su madre, sin embargo, le descargó un puntapié que le hizo retroceder aun más.

Pero el muchacho, que era alto y grueso, se enderezó furioso, cogió á su hermanita bajo el brazo, y dijo á su madre, mientras de sus ojos brotaban chispas de ira:

—Si vuelve usted á tocarme estrello á la niña contra la pared.

—¡Hereje! ¡Bribón!—gritó Bárbara arrojándose de nuevo hacia él.

Pero la sacristana, que por la descomposición de las facciones de Mateo, conoció que haría lo que estaba diciendo, contuvo á Bárbara y dijo á su hijo:

—Deja á la niña, hombre, deja á la niña; ¿qué culpa tiene el angelito? ¿Ves cómo se ríe?

En efecto: la pequeña Plácida, creyendo que su hermano jugaba con ella, le miraba riéndose y batiendo sus manitas.

—Vamos, déjala—repitió la señora Petra;—tu madre no te tocará mientras yo esté aquí.

—Y después que usted se vaya se guardará bien de hacerlo—repuso Mateo, dejando á su hermana en el suelo.

—¿Qué has hecho que vienes tan roto?—preguntó Bárbara, al ver el pantalón de Mateo hecho girones.

—Pelear con los hijos del mayorazgo, que no porque sean hijos de su padre me he de dejar yo pegar.

—Siempre empezarías tú.

—No me acuerdo quién fué; lo que sé es que les puse bien blandos.

—Mujer, ¿por qué no dejas que se lleve á este chico el señor duque, que no tiene hijos y haría su suerte?

—¿No ve usted que entonces negaría ser hijo de sus padres este desalmado?—repuso Bárbara.

—¿No se avergüenza ya de vosotros?

—Sí, señora; pero más se avergonzaría entonces.

—Hija, yo no sé que en esa culpa tan grande importe más que se avergüence poco ó que se

avergüence mucho; créeme: déjalo que se lo lleve á Francia.

—Tía sacristana, ya la quiero á usted—dijo Mateo acercándose.

—¿A mí? ¿Quieres tú á alguno acaso?—preguntó la buena mujer.

—A usted, porque dice á mi madre que me deje marchar con el señor duque.

—Entonces, picarón, tú te irás de buena gana, ¿no es cierto?—exclamó Bárbara montando de nuevo en cólera.

—Sí, señora—respondió con serenidad Mateo.

—¿Y no piensas en que tal vez no volverás á vernos más?

—Pienso alguna vez; pero, ¿qué hemos de hacerle?

En aquel momento se abrió la puerta y entró Mariano en la cocina.

—Vengo rendido y no he podido encontrarle—dijo sin ver á su hijo.

Una carcajada de Mateo sirvió de respuesta á estas palabras.

—¡Cómo estás aquí!—dijo Calabaza, cuya fisonomía cándida y casi estúpida no expresó ni asombro ni enojo.

—Vamos, ¡si lo digo yo!—exclamó Bárbara—¡tu cachaza, tu indiferencia, tu maldito genio de aquí me las den todas es lo que pierde á este chico!

—Mujer, yo creo que lo que lo vuelve sin sen-

tido son tus continuos gritos—dijo con su calma acostumbrada Calabaza.

—Y yo te aseguro—repuso su mujer—que lo que le hacía falta era tener un padre fuerte, que le domase con una paliza cada día.

—Vaya, no hay que cansarse—dijo la sacristana, que veía ennegrecerse el horizonte conyugal;—este Judas hace el mismo caso de los golpes que de la blandura.

—Esa es la verdad—añadió el muchacho con increíble imprudencia.

—Lo que yo afirmo es que entre unos y otros me van á quitar la vida—dijo la pobre madre, cuya firmeza se doblegaba ante el férreo carácter de su hijo.

—Pues vamos, mujer, antes de que yo me vaya de aquí dame el gusto que voy á pedirte—dijo la sacristana.

—¿Qué desea usted de mí?—preguntó Bárbara.

—Que des tu consentimiento para que se lleven á ese bribón de chico.

—Pero, señora, ¡si no tengo más hijo que él!

—Aun te queda la niña; y, sobre todo, ¿para qué te sirve? Para quitarte la vida; déjale, que así haces su suerte y vosotros os quedáis en paz.

—¡La pena me matará al verle lejos de mí!

—Morirás al menos en paz; ¿no ves que así te mata á disgusto? ¡Si para coserle no tienes ni un...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

pol ¡Mira ahora cómo viene! ¿se conoce que eso sea calzones y chaqueta? y ¿cuántos días has pasado lavando, pobre mujer, para comprarle ese vestido? Vamos, ¿manda Dios que los padres se dejen matar por los hijos?

—¿Qué hacemos, Mariano?—pregunto Bárbara, volviendo los tristes ojos á su esposo, pues aunque conocía su incapacidad sabía también que la mujer honrada debe respetar á su marido.

—¿Qué hemos de hacer, mujer?—respondió Calabaza;—lo que tú quieras.

—¡Eso no es decir nada!—repuso Bárbara irritada.—¡Yo no sé por qué te pregunto!

—¿Pero no sabes que mi voluntad es la tuya?

En aquel instante se abrió la puerta, y un hombre que tendría sesenta años entró en la cocina, poniendo así término á la disputa de los dos esposos.

El recién venido tenía un aspecto muy extraño; era grueso, pero parecía ir embutido en un corsé tan apretado, que su rostro estaba carmesí. Sus cabellos, ó más bien su peluca, negra, excesivamente poblada, y ridícula hasta el extremo por su enorme tamaño, estaba prolija y juvenilmente rizada, en relucientes sortijillas; unas cejas muy grandes y tan negras que parecían pintadas con charol, hacían parecer más pequeños á sus ojillos azules y enteramente desprovistos de pestañas.

Este personaje era pequeño y grueso; su nariz muy corta y encendida, su boca hundida, á pesar de estar adornada con una dentadura postiza de subido precio, su cara granujienta, sus grandes manos y anchos pies, le daban un aspecto tan extraño como desagradable.

En cuanto á su traje era de un lujo excesivo; su exquisito calzado, su redingot de paseo de medio color, su chaleco de satén carmesí con flores de seda de color de oro, sobre el cual se cruzaba una cadena con sellos y armas de diamantes, su delicado guante y su flamante sombrero, le daban un aspecto tan brillante, que dejó aturcidos, no sólo al pobre Calabaza y á su mujer, sino también á la señora Petra la sacristana; en cuanto á Mateo, no hay que decir que le miraba con la boca y los ojos muy abiertos.

Bárbara se levantó y acercó una silla á aquel vistoso personaje; pero él rehusó, y dijo con tono altanero y con marcado acento francés:

—¡Eh! No estoy para sentarme, buena mujer, que tengo mucha prisa; sólo he venido á decir á usted y á su marido que me voy esta noche á París, y que si no les viene mal me llevaré conmigo á Mateo; me divierte y haré su suerte.

Al oír aquellas palabras, el irresoluto y tímido Calabaza miró á su mujer, que, lejos de responder á aquella mirada, bajó la cabeza abrumada por su dolor.

—Qué, ¿ni siquiera merezco una respuesta?— preguntó ásperamente el personaje.—¿Sabén ustedes que es el duque de Varennes quien les hace el honor de venir á pedirles su hijo?

—Señor—dijo Bárbara levantando la cabeza;—yo no sé lo que es un duque, porque es el primero que en toda mi vida he visto...

—¡Lo creol—interrumpió burlonamente el personaje.

—Pues bien, más vale así, caballero; digo que usted es el primer duque que veo, y que ve también mi pobre marido; así no sé lo que es ser duque; pero aseguro á usted que el separarme de mi hijo me costará una pena mortal.

—¡Bah, bah, lo creol—repuso el señor duque.—De cien madres, eso es lo que dirían las noventa y nueve; todas son así. ¿Y qué dice su padre?

—Yo... yo digo que...—balbuceó el pobre Calabaza.

—¡Tú dirás que no, como lo digo yo!—exclamó Bárbara.

—Vamos, buen hombre, responda usted—institió el duque.

—Yo digo que deseo el bien del muchacho, pero que no quisiera que su madre tomase un pesar—dijo por fin Calabaza.

—¿Y tú, Mateo, qué dices?—preguntó el duque dirigiéndose á su protegido.

—Yo digo que me quiero ir con V. E. y que me iré—contestó resueltamente Mateo.

—¡Ea, dejadlo con mil santos!—dijo á su vez la sacristana.

—Vaya, vaya, me lo llevo—dijo el duque;—su madre llorará un poco, pero más valdrá que no lo vuelva ya á ver; luego se consolará, sabiendo que su hijo es rico y lo pasa bien.

Al decir estas palabras tomó al niño de la mano; éste se disponía á seguirle con la mejor voluntad; pero la pobre madre se levantó como una leona herida.

—¡Eso no!—dijo.—Que se vaya, ya que él quiere abandonarnos... ya que su padre no se opone á ello; no quiero que en ningún tiempo diga que su madre le quitó su bienestar... pero así tan de repente, no, señor; envíe usted por él, ó venga usted mismo á buscarle cuando ya vaya á subir al coche.

—Vendré por ti á las siete, chiquito—dijo el duque.—Y sin decir una palabra de despedida, salió de la cocina.

Bárbara no volvió ya á levantar la cabeza, que tenía caída sobre el pecho; y cuando al anocheecer vino el mismo duque á buscar á su hijo, le abrazó mil veces, le cubrió de besos y de lágrimas, y, á pesar de su fortaleza, cayó desmayada cuando el carruaje partió llevándose al duque, á su secretario particular y al alegre Mateo.